

Juan Fernández Trigo

LA AMBICIÓN  
DEL  
BOTARATE



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO  
— LA VALIJA DIPLOMÁTICA, n°57—  
MADRID • MMXIX

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JUAN FERNÁNDEZ TRIGO

De la edición © Cuadernos del Laberinto

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Dirección de la colección: PALOMA SERRA ROBLES, JUAN MOREDA OTERO Y SERGIO COLINA MARTÍN

Colección fundada por ALONSO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MERRY DEL VAL

Diseño de la colección: Absurda Fábula

[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Diciembre 2019

I.S.B.N: 978-84-120563-1-0

Depósito legal: M-35727-2019

Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

*A Susi Sánchez*



## CAPÍTULO 1

Gonzalo no estaba dispuesto a esperar por más tiempo su designación como embajador de España, función para cuyo desempeño se consideraba sobradamente cualificado desde el mismo día en que ganara unas oposiciones. Harto de tanta promesa incumplida por el subsecretario del departamento; aburrido de hacer planes en torno a destinos quiméricos que, a la larga, se revelaban infundados por inalcanzables, y que dejaban desperdigadas por el camino sus más acariciadas ilusiones; y asqueado de las sucias intrigas que frustraban sus aspiraciones en aras de otros colegas, a su entender menos dotados, aquel diplomático impaciente había tomado una decisión drástica que le llevaría, en volandas, a partir de un bien trabado golpe de mano, a la cumbre de la profesión.

En la mañana en que se armó de valor definitivamente, Gonzalo vertió en la copa de su jefe la pócima del Brujo de La Colina. Convirtiendo al embajador en un zombi, mediante la administración del veneno procedente de las entrañas del pescado prohibido, desde ese mismo día haría y desharía a su antojo, sin tener que temprar gaitas, sin someterse al criterio

de otro, sin tener que aceptar enfadosas correcciones a sus escritos que ponían en tela de juicio su valía y profesionalidad: en adelante, él sería el jefe de la misión diplomática en Chim-pún. En pocas palabras, embajador de España, en verdad extraordinario y en suma plenipotenciario, pues Gonzalo pensaba suplantar a su superior en todas las vertientes del mando, sin tener que arrostrar las consecuencias de sus errores, que habrían de ser achacados, naturalmente, a quien ostentaba nominalmente la titularidad de la representación.

Cuando el embajador bebió de su copa, cayó fulminado y se quedó tieso; pero, a los pocos instantes, sobre la alfombra del comedor de la residencia, sacudieron su cuerpo unos estertores acompasados por unos gruñidos endiablados. El propio Gonzalo, pese a que se había informado detalladamente de las predecibles reacciones que se apoderarían del envenenado, se asustó ante la envergadura de las convulsiones; de no saber que la víctima había de entrar, en cosa de minutos, en un estado letárgico del que solamente podría salir transcurridos tres días, habría creído que el embajador iba a pedirle cuentas de su insubordinación. El caso es que, efectivamente, al poco, el pobre hombre se adormiló, momento que Gonzalo aprovechó para arrastrar su cuerpo hasta el cuarto trastero, disimulado bajo el hueco de la escalera. Hasta que, tres días después, pudiera serle administrado el antídoto que le habría de convertir

en un zombi, en un muerto viviente, en un autómatas, en un individuo sin el menor atisbo de voluntad, el embajador debía permanecer escondido, ajeno al escrutinio de sus sirvientes, al abrigo de cualquier sospecha que pudiera delatar el complot urdido por el díscolo secretario de embajada.

Antes de tomar la precaución de poner al mayordomo al corriente de una supuesta y precipitada partida del jefe hacia una convocatoria inesperada, Gonzalo sintió la llamada de la responsabilidad, lo que le provocó un mareo; y como tuvo la sensación de que los tobillos no podrían sostener su peso, se apresuró a refugiarse en el despacho privado del embajador. Sin hacerlo aposta, cayó sobre el sillón que solía ocupar, con un toque de indiscutible majestad, quien ahora yacía entre escobas y productos de limpieza, ropa vieja y artefactos fuera de uso. Y, como si el asiento le hubiera transmitido el sentido de la excelencia al entrar en contacto con la superficie mullida que lo recubría, Gonzalo se sintió ungido por una distinción sobre el resto de los mortales que le hacía inmediatamente acreedor de exquisitez, de reverencia y de gloria. Ya era alguien: se acabaron las reuniones en las que permanecía en silencio para dejar el protagonismo y la palabra al embajador; las cenas a las que acudía de relleno, siempre postergado en el extremo de la mesa, proclamando así su insignificancia en la vida social de la embajada; las humillaciones constantes

de los íntimos del jefe, quienes no se recataban al darle a entender que no valoraban en absoluto su compañía y que no veían la menor utilidad en cultivar al subordinado pudiendo codearse con el superior.

A partir de aquel día habrían de rendirle pleitesía todos aquellos que hasta entonces le habían ignorado, le habían subestimado o, de forma deliberada, le habían menospreciado; y, mientras paladeaba el sabor de la suplantación, paradójicamente experimentaba una inesperada sintonía con todos aquellos que le habían afrentado, pues, con aquella instantánea promoción que él mismo se había procurado al envenenar a su embajador, Gonzalo había comenzado a sentirse ajeno a las cuitas y preocupaciones propias de un secretario de embajada. Entendía ahora mejor a aquellos que se mostraron remisos a tratarle por considerarle poca cosa, pues él mismo sentía en sus propias carnes la inapelable importancia que su nueva posición le otorgaba en comparación con la ocupada por sus, en adelante, inferiores. De un modo extraño, Gonzalo justificaba y comprendía en aquellos momentos precisamente a los mismos a los que quería hacer pagar por sus desprecios de antaño.

Así pues, imbuido de este afán de dominación y de jerarquía, aquel usurpador de pega resolvió instruir a Severo, el mayordomo, sobre la nueva coyuntura; descolgó el teléfono

interior y conminó al criado a comparecer en su presencia, y lo hizo con el indisimulado resentimiento del recién llegado, utilizando un tono de voz implacable y despótico. Y cuando Severo acudió presuroso y solícito, como era habitual en él, Gonzalo le puso al corriente de que el embajador había tenido que salir corriendo hacia la frontera con la República de San Miguel, donde se había producido un incidente entre un policía español, integrante de las fuerzas de seguridad de Naciones Unidas, y un miembro de la policía sanmiguelina. Y para despejar los eventuales recelos del sirviente, el impostor aclaró que un coche de la organización internacional había venido a recoger al embajador por la puerta trasera de la residencia, con instrucciones de trasladarle al helipuerto desde donde sería conducido a la frontera con el país vecino en un vuelo militar.

Severo pareció aceptar sin reparos las explicaciones del señor secretario de embajada, si bien se sorprendió de que este se las trasladara con los pies apoyados sobre la mesa del salón. También le chocó que don Gonzalo le ordenara servirle un ron reserva de quince años, pues no había visto beber jamás al segundo de la embajada, a quien tenía por un tipo apocado y soso, al que solo interesaban las cuestiones propias de su profesión. En efecto, el mayordomo tenía catalogado a Gonzalo como un hombre de orden, atento a los deseos de

su embajador, incapaz de expresar una opinión que pudiera diferir del parecer de su jefe y un tanto adulator. Y, sin embargo, aquella tarde le percibió algo suelto, desinhibido, despachado y hasta arrogante.

Una vez que Severo le sirvió el copazo de ron y se hubo retirado, Gonzalo entró en un intensísimo estado de alarma, sumiéndose, a continuación, en una profunda congoja que acabó con la euforia que le había dominado desde que administrara la pócima a su superior. De repente, comprendió algo que hasta entonces no le había inquietado lo más mínimo: tendría que hacerse cargo de una embajada al frente de la cual estaría un embajador convertido en un guiñapo sin alma, en una marioneta tonta, en un pelele desprovisto de entendimiento. Y sobre sus hombros, los de Gonzalo, recaería la responsabilidad de que nadie reparase en ello. En cuanto que se le procurase el antídoto, como ocurría con todos los zombis, el embajador resucitaría, recuperando todas las funciones vitales, y quedaría a merced de quien se apoderase de su voluntad. Gonzalo, que tanto había disfrutado con la posibilidad de anular a su jefe y suplantar su personalidad, se vio abrumado por la idea de no ser capaz de mantener la situación bajo control, pues muchas eran las teclas que habría de tocar para que no se descubriera aquella trapisonda disparatada y pueril.

Pero, en un raptó de determinación, se puso en pie y se dio ánimos, convencido de que ya no podía volverse atrás y de que el único modo de salir airoso de aquel trance era poner manos a la obra, cuanto antes mejor. Se dirigió a la cancillería de la embajada, que se encontraba en una pequeña construcción aneja a la residencia del embajador; un auténtico cuchitril cuya modestia, estrechez y simplicidad contrastaban con la magnificencia de las dependencias privadas a disposición del jefe de misión. Abrió la cámara secreta, y se sentó a redactar un informe para el ministerio en el que comunicaba la salida temporal del embajador de la ciudad, justificándola en las mismas razones que había expuesto anteriormente al mayordomo. No obstante, puesto que el ministerio estaría en condiciones de contrastar la información suministrada por el secretario de embajada en Puerto Pof, ya fuera a través de la embajada española en la República de San Miguel, ya a través del cuartel de las Naciones Unidas en dicho país, Gonzalo decidió hacer un par de llamadas telefónicas para garantizarse el silencio cómplice de quienes pudieran desmentir su versión: llamó a su colega en el país vecino para informarle de que su embajador se había tomado unos días de descanso en Punta Gorda, acompañado de una señorita de muy pocos años, rogándole que, si el Ministerio, por algún casual, preguntaba sobre un incidente policial fronterizo, hiciera el favor de corroborar la

veracidad del suceso. Y, a continuación, se puso en contacto con el jefe de las fuerzas de policía españolas al servicio de la ONU, al que el propio Gonzalo había hecho más de un favor proporcionándole visados para que sus novias chimpunes pudieran visitar España, y le instruyó, en parecidos términos, sobre el paradero oficial del embajador durante aquellas horas.

Una vez investido oficialmente de su condición de encargado de negocios a.i. (en la jerga diplomática, jefecito por unas horas), Gonzalo marcó el número de teléfono de la esposa del embajador, quien se encontraba en España pasando una temporada con sus hijos —aunque quizás resultara más apropiado decir que era con su marido con quien pasaba algunos períodos de tiempo—. A decir verdad, Gonzalo no se sentía especialmente inquieto por la posibilidad de tener que afrontar una eventual visita de la «embajadora», pues, en los dos años que llevaba en Puerto Pof, aquella mujer apenas había puesto el pie en el país en dos o tres ocasiones; pero sí tenía que evitar una intempestiva llamada telefónica que pudiera desbaratar su estrategia. Por ello, las explicaciones fueron parcas: el embajador había tenido que salir hacia un área de la frontera en la que los teléfonos móviles no tenían cobertura, y por eso había encomendado a Gonzalo que la llamara, para que ella no se inquietase en caso de no poder comunicar con él.